



CAPÍTULO VII

LA CONFERENCIA ECONÓMICA DE LONDRES (1933)

ESTANDO YO EN NUEVA YORK, a donde acudía con frecuencia para vigilar el juicio contra el Comité Internacional de Banqueros, el señor ingeniero Pani, al pasar por esta ciudad, me invitó a unirme a la delegación que él presidía y que iba a representarnos en la Conferencia Económica Mundial, que se reuniría en Londres. La Comisión estaba formada por el señor ingeniero Alberto J. Pani, Secretario de Hacienda, quien la presidía; por el señor don Fernando González Roa, embajador de México en los Estados Unidos; por el señor senador Marte R. Gómez, y por mi persona; fungiría como secretario de la delegación mexicana el señor licenciado Antonio Castro Leal, a la sazón encargado de negocios en Holanda, y además diversos expertos en asuntos monetarios y comerciales. El señor licenciado Ignacio de la Torre acompañaba a la Comisión en calidad de secretario particular del señor ministro de Hacienda.

En aquella época padecía el mundo la Gran Depresión, y, para conjurarla, al señor Presidente Roosevelt, que acababa de ser electo Presidente de los Estados Unidos, se le ocurrió convocar a dicha Conferencia, e invitó a los principales Estados europeos para que se reuniesen en Washington para

discutir los problemas a tratar en ella. Tanto el señor Mac Donald, primer ministro de Inglaterra, como el señor Herriot, primer ministro de Francia, explicaron al Presidente que convocar en esas condiciones a una conferencia mundial sería, cuando menos, prematuro, pues los problemas eran tan graves que necesitaban ser previamente estudiados por medio de consultas entre los diversos países que participarían en la Conferencia, y que, solamente cuando se tuviese un diagnóstico de causas y un programa definido de acciones, podría ser fructuosa la Conferencia. El señor Presidente Roosevelt, sin embargo, manifestó que el tiempo corría, y que, de no celebrarse la Conferencia, podría ocurrir una verdadera catástrofe mundial.

Los miembros de la delegación mexicana nos embarcamos en Nueva York, en el *Rex*, de la Compañía Italiana de Navegación. El programa original era desembarcar en Gibraltar y de ahí pasar a Jerez, en donde el señor ingeniero Pani, que tenía muchos amigos en España por haber sido antes embajador en ese país, iba a ser invitado a una comida por los señores González Byass, conocidos cosecheros de vino. En el camino, sin embargo, y una vez que acompañamos a cenar al capitán en su camarote, éste nos explicó que si desembarcábamos en Gibraltar podríamos no llegar a Londres en la fecha de la iniciación de la Conferencia, sino días después. Por lo contrario, de continuar en su barco para desembarcar en Villefranche, podríamos tomar allí un tren para París, y de París un tren que nos llevaría a Londres, llegando un día antes de la inauguración de la Conferencia. La travesía fue perfecta y no tuvimos sino motivos de agrado en la hermosa nave, en aquella época admirablemente atendida por sus tripulantes y con un excelente servicio de comedor.

Desembarcamos, como nos había aconsejado el capitán, en Villefranche a primera hora de la mañana, y como el tren para

París salía al atardecer permanecimos en esa parte de Francia algunas horas; visitamos el principado de Mónaco, y los miembros de la delegación optaron por visitar el museo oceanográfico que existe en esa ciudad; el señor de la Torre y yo, puesto que conocíamos el museo, preferimos ir un rato al casino. Yo aposté una cantidad algo importante al 32 colorado, y no podía creer que le hubiese pegado al número hasta que vi que el *croupier* recogía todas las fichas y respetaba mi apuesta, la que fue debidamente pagada con una cantidad enorme de fichas de nácar de alto valor en francos. Seguí apostando por algún tiempo, ya sin repetir la hazaña de apostar al número seco, sino apostando al color o a diversas combinaciones, y el resultado fue que cuando mis compañeros regresaron del museo oceanográfico para invitarnos a mí y a Nacho de la Torre, que había tenido poca suerte, yo había reunido un respetable caudal en francos franceses. Nacho de la Torre, que fungía como tesorero de la delegación, me pidió que le facilitara todo mi caudal, lo que yo hice con gusto y sin contar el dinero, pero el señor De la Torre, que era muy escrupuloso, seguramente lo contó, y tiempo después, en Londres, me entregó una suma importante en libras esterlinas, que representaba el préstamo que le había hecho.

Llegamos a Londres un día antes de la apertura de la Conferencia y nos alojamos en el elegante hotel Dorchester, que acababa de ser estrenado, situado en Park Lane, en el corazón del aristócrata barrio de Mayfair. La Conferencia se inauguró en Londres el 12 de junio de 1933; los principales países del mundo estaban representados por los primeros ministros, sus secretarios de Hacienda y los directores de bancos centrales. La mayor parte de las veces representaba a los Estados Unidos el señor Cordell Hull, Secretario de Estado, acompañado por una nutrida delegación formada por funcionarios miembros del Congreso y banqueros privados.

La Gran Bretaña estaba representada por su primer ministro, señor Ramsay Mac Donald, jefe del Partido Laborista en aquella época, que ocupaba la jefatura de un gobierno de coalición. Lo acompañaba el señor Chamberlain, canciller del tesoro, hombre inteligente y versado en asuntos financieros, que después fue tristemente célebre cuando, como primer ministro de la Gran Bretaña, celebró con Hitler los llamados Convenios de Munich. La Unión Soviética estaba representada por su ministro de Relaciones Exteriores, señor Litvinov, hombre extraordinariamente inteligente y que desconcertaba a todos por su palabra áspera, aun cuando llena, en el fondo, de sensatez; el señor Litvinov era de una actividad prodigiosa, y constantemente negociaba entre bambalinas con otras delegaciones representadas en la Conferencia. Alemania estaba representada por el señor Daladier, primer ministro de Estado, por el señor George Bonnet, ministro de Finanzas, y por el señor Charles Rist, director de Banco de Francia y gran teórico en materia financiera. Austria estaba representada por el doctor Dollfuss, que poco tiempo después fue asesinado por intrigas de los nazis en su propio país, pero que en aquella época gozaba de gran popularidad entre todos los delegados por su actitud valiente, defendiendo la autonomía de su país. Italia estaba representada por el señor Ganddi, en aquella época amigo de Mussolini y después enemigo suyo. España republicana estaba representada por grandes amigos de la delegación mexicana.

Abrió la Conferencia, con un elocuente discurso de bienvenida, el primer ministro, señor Mac Donald, escocés de origen, con gran don de la palabra; con mucha frecuencia oíamos elocuentes discursos pronunciados por él. Entre algunos ingleses con quienes tuve oportunidad de conversar privadamente se decía que al señor Mac Donald se le reconocía que era un brillante orador, pero que no tenía la capacidad

necesaria para resolver los graves problemas por los que entonces atravesaba la Gran Bretaña.

El gobierno inglés, con quien cooperaba buena parte de la aristocracia de aquel país, tenía grandes esperanzas en los resultados de la Conferencia, y se dispuso a agasajar en grande, y con la elegancia que le caracteriza, a los delegados. El alcalde de Londres nos ofreció en uno de sus palacios una cena a la usanza medieval; nos reunimos en la biblioteca, encabezados por el lord alcalde, los *aldermen*, miembros del Concejo Municipal, el arzobispo de Canterbury, después el gabinete británico y delegados del Parlamento, y, a continuación, nosotros, los invitados, asistentes a la Conferencia. Con gran pompa, entre maceros y trompetas, descendimos al primer piso del edificio, donde nos esperaban los cocineros en unos templetos, con sus gorros blancos, partiendo el *roast beef*; la cena y los vinos fueron exquisitos.

En otra ocasión el gobierno dio una comida a los delegados en uno de los grandes hoteles de Park Lane, y la cena fue amenizada por la banda de una compañía de *highlanders*.

En nuestro hotel se dieron recepciones por Ilyod de Londres, la famosa firma de seguros, donde tuve oportunidad de charlar largo rato con el duque de Gloucester, que en nombre de la casa real asistía a la recepción; hermosas damas de la más alta aristocracia británica acompañaban a los delegados para presentarlos unos a otros. Recuerdo que a mí y al licenciado Castro Leal, que concurrimos a esa ceremonia, nos acompañaban la marquesa de Londonderry y la marquesa de Westminster, quienes, al enterarse de que nosotros éramos mexicanos, nos dijeron: "Ahí fue donde mataron al General Obregón"; era, al parecer, la única noticia que sobre México tenían estas linajudas damas.

El marqués de Londonderry, que era entonces ministro del Aire, ofreció una recepción en su palacio de Park Lane; ni en

las películas he visto una reunión más colorida que aquella. El marqués, vestido de gran uniforme de corte, y la marquesa, que se suponía que era de las más hermosas de Inglaterra, esperaban a sus invitados al pie de la escalera; éstos eran, además de los delegados de la Conferencia, los generales del Ejército, los marinos y diplomáticos, todos en uniforme. La recepción tenía por objeto presentar a los delegados con el Príncipe de Gales, que después sería Eduardo VIII. Éste, que hablaba español, pues lo había enviado su gobierno en una misión a la Argentina, cuando supo que yo era mexicano me dijo, con perfecta pronunciación: “Macanudo, chico”, a lo que siguió una breve conversación en español.

Sir Felipe Secomb, miembro del gobierno y uno de los más acaudalados personajes de Inglaterra, nos ofreció un *garden party* en su castillo, en los alrededores de Londres, y otro Lady Astor, también en su palacio; recibimos tarjetas de visitantes para todos los clubes de Londres, aun de los más exclusivos; por último, el rey Jorge V, que había estado gravemente enfermo y que empezaba a recuperarse, nos recibió, primero, al iniciarse la Conferencia, acompañado por la reina y los príncipes de la casa real, en su castillo de Windsor, donde tuvimos oportunidad de conocer y conversar con algunos de los eminentes políticos ingleses que en aquella época se encontraban fuera del gobierno, como el señor Winston Churchill y otros; después, para cerrar la Conferencia, el mismo rey ofreció otro *garden party*, con su característica amabilidad, en su palacio de Buckingham, en Londres.

La Conferencia, en su primera sesión, se dividió en dos grandes comisiones: la primera se ocupaba de las cuestiones monetarias y financieras y, la segunda, de las cuestiones económicas.

Como lo habían previsto los primeros ministros que habían conversado con el Presidente Roosevelt, reinaba en la Confe-

rencia una gran desorientación, pues se carecía en lo absoluto de ningún plan o idea para comenzar a trabajar en los grandes problemas que en aquella época afligían al mundo.

Se consideró que como asunto preliminar y como elemento básico debía llegarse a un entendimiento, aunque fuera provisional y temporal, para estabilizar las principales monedas que regían la economía mundial; en este punto el Presidente Roosevelt —que estaba fascinado por las ideas del señor Warren, profesor de Economía monetaria en la Universidad de Cornell, que pensaba hacer una devaluación del dólar en relación con el oro— se negó terminantemente a asumir ningún compromiso respecto a la estabilidad del dólar. El señor Hull, que presidía la Conferencia, realizaba conversaciones telefónicas con Washington, con objeto de recabar instrucciones acerca de este punto, que se consideraba vital para la vida de la Conferencia. El Secretario americano del Tesoro, William Woodin, que se encontraba gravemente enfermo, perdió el conocimiento en una de estas conferencias telefónicas, pero la comunicación quedó abierta por varias horas hasta que el Secretario se repuso del accidente y pudo continuar su conversación con el señor Hull.

El Presidente Roosevelt creyó conveniente enviar a uno de sus expertos de más confianza, un *brain truster*, el señor Raymond Moley, para que con su representación personal se trasladase a Londres, llevando las últimas instrucciones para su delegación. Para llegar más pronto a Londres el señor Moley fue lanzado por medio de una catapulta en un avión que lo hizo llegar unas cuantas horas antes a Londres (hay que advertir que en aquella época no había comunicación por avión entre Londres y Nueva York). El señor Moley, sin embargo, llevaba instrucciones precisas de no comprometer a su país en materia de estabilidad monetaria. Desvanecida esta última esperanza que tenían los delegados, se convocó a una

reunión de los jefes de la delegación para decidir acerca de la suerte de la Conferencia. En ella, según nos manifestó el señor ingeniero Pani, los delegados, entre los cuales se destacaba por su áspera forma de expresión el señor ministro francés George Bonnet, manifestaron que ellos no habían deseado que se celebrara la Conferencia si previamente no se llegaba a acuerdos básicos; que así se lo habían manifestado al Presidente Roosevelt, el que se había obstinado en que se llevase adelante, y que cuando se pedía un acuerdo que se consideraba básico en aquel entonces para la organización financiera del mundo, él se negaba a dar ninguna esperanza al respecto.

El señor Pani nos manifestó que era penoso ver al Secretario de Estado del país más grande de la tierra como si estuviera en el banquillo, acusado de un grave delito, en medio de los ataques furibundos de sus colegas.

Por último, el comité de iniciativas, *steering committee*, acordó por unanimidad que al día siguiente se propusiera al plenario de la Conferencia un acuerdo declarándola disuelta, y culpando de ello al Presidente de los Estados Unidos, por su obstinación en no aceptar ningún acuerdo acerca de la estabilidad monetaria.

A la mañana siguiente el señor Chamberlain, con característica cortesía británica, no anunció el acuerdo tal como había sido aprobado por el comité, sino que dijo que en vista de que no había suficientes acuerdos sobre cuestiones básicas se había acordado suspender, no disolver, la Conferencia (*sine die*), mientras los países se ponían de acuerdo en los puntos esenciales para regularla. Bonnet se levantó indignado para decir que eso no era lo aprobado por el comité, sino declarar la Conferencia suspendida definitivamente y culpar del fracaso al gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, la proposición del señor Chamberlain fue aceptada por la asamblea plenaria de la Conferencia.

Aunque la Conferencia fue un fracaso, y así se estimó universalmente, para nosotros los mexicanos tuvo un resultado que favoreció mucho a nuestro país. La plata había bajado tanto de valor que parecía que pronto estaría en las condiciones de metal industrial y no precioso. Siendo México el principal productor de plata en el mundo, esta situación afectaba gravemente a nuestra economía, que en aquella época no tenía la variedad de recursos que en la actualidad posee. El senador Pitman, que formaba parte de la delegación de los Estados Unidos, estaba muy interesado en remediar esa situación, que afectaba a Montana, el estado que él representaba en el Senado, que es importante productor de plata; convocó en sus habitaciones del hotel Claridge a los países poseedores de grandes cantidades de plata —que, desmonetizada, amenazaban lanzarla al mercado, lo que hubiese acentuado la baja; entre ellos se encontraban principalmente China y España— y a los países productores de plata interesados en el alza de ese metal, como eran México, en primer lugar, Estados Unidos, Canadá, Austria, Perú y Bolivia.

A la conferencia se invitó a Sir George Schuster, ministro inglés de Finanzas de la India, país que tenía una gran cantidad de rupias desmonetizadas, así como al jefe de la Oficina de la India en Londres. La conferencia se llevó adelante en un ambiente de cordialidad, pues el fin que se perseguía, tonificar el valor de la plata, interesaba a todos: a los productores, para obtener mayor precio por el metal, y, a vendedores, para obtener mayor precio por él si se obraba en forma prudente, realizando sus ventas en forma ordenada para no perturbar el mercado.

Yo, personalmente, asistí a esas conferencias en representación de la delegación mexicana y tuve ocasión de ayudar al propósito común, gracias a las simpatías que los delegados españoles tenían hacia nuestro país y que nos fueron muy

útiles durante la discusión. El único aspecto desagradable fue la altivez de Sir George Schuster, que levantaba obstáculos a cada momento, con los pretextos más fútiles. Llegamos por fin a un acuerdo satisfactorio para todos, y solamente quedaba pendiente designar el lugar en donde debía residir la oficina encargada de vigilar el cumplimiento del tratado. Sir George Schuster manifestó en el acto que debería ser Londres; yo, en voz baja, le pregunté a Pitman si tenía importancia para él que estuviese en Londres la oficina encargada de la administración del contrato; él me indicó que la sede era de vital importancia para él, pues tenía la seguridad de que el Senado americano ratificaría gustoso el tratado si ésta se otorgaba a Washington, y que, en cambio, dudaba que pudiese obtener la ratificación si se le otorgaba a Londres; que él, por tratarse de su propio país, se sentía cohibido para hacer la proposición. Entonces yo tomé la palabra y dije que el país que iba a hacer mayores sacrificios para tonificar la plata era Estados Unidos, puesto que se comprometía a retirar de la circulación y congelar una buena parte de su producción; que la India no iba sino a recibir beneficios al vender su plata en buenas condiciones, que, en consecuencia, yo no venía ninguna razón para que fuese Londres, y no Washington, el lugar donde se estableciera la oficina. Sir George Schuster, echándome miradas de cobra, tuvo que rendirse a mis argumentos, y al apoyo que me brindaron en el acto todos los presentes, e inmediatamente se firmó el convenio por todos los delegados, menos el de Bolivia, a quien no se pudo encontrar, pues estaba jugando golf en uno de los muchos campos que existen cerca de Londres.

La ley de compra de plata, firmada el 22 de julio de 1933, tuvo grandes consecuencias para la economía mexicana. El tratado, inmediatamente ratificado por el Senado americano y por los demás que se beneficiaban por él, inclusive nuestro país, sirvió al senador Pitman para obtener del Congreso de

los Estados Unidos la ley americana de compra de plata que retiró no sólo las cantidades que estaba obligado a retirar de acuerdo con el tratado de Londres, sino toda la plata de producción doméstica. Con tan importante cantidad de producción retirada del mercado, la plata subió inmediatamente mucho más aprisa y a precios más altos que lo previsto, y ocasionó trastornos a nuestro país, en el sentido de que tuvo necesidad de retirar las piezas de plata de la circulación y sustituirlas por billetes de banco de un peso, pues el valor que tenía el peso de plata era más alto como lingote que como moneda.

El jefe de nuestra delegación a la Conferencia de Londres, señor ingeniero Pani, dice acerca del tratado sobre la plata que yo tuve el honor de suscribir a nombre de nuestro país: “Pero hubo algo que, por su influjo en todos los campos de la economía mexicana, concretó mejor y volvió tangibles las ventajas obtenidas por nuestro país respecto de las cuestiones para cuya solución no bastaba la acción aislada de su gobierno: el Convenio Internacional negociado y concertado con los fines de rehabilitar y estabilizar el precio de la plata y firmado en Londres el 22 de julio de 1933 por los representantes de China, España e Italia, como los principales países poseedores o consumidores de dicho metal, y de Austria, Canadá, Estados Unidos, México y Perú, como los principales productores. México ha derivado de este Convenio el reciente auge de una industria —la minera— que por la cuantía de los capitales en ella invertidos, el volumen de su producción, el número de trabajadores que emplea, los sueldos y salarios que paga y los impuestos que cubre, es factor importante de prosperidad económica y fiscal”.¹

¿Por qué el Presidente de los Estados Unidos se opuso obstinadamente a contraer ningún compromiso sobre

¹ Alberto J. Pani, *Apuntes...*, t. II, p. 206.

estabilización del dólar en la Conferencia Económica y Monetaria de Londres? Para entender la política del Presidente, hay que tener en cuenta la situación que prevalecía en los Estados Unidos, y en el mundo entero, en el año en que se verificaba la Conferencia. Los efectos de la Gran Depresión se hacían sentir en la forma más aguda. El nivel de precios había bajado muy considerablemente; los inventarios subían considerablemente en los almacenes y las fábricas se veían obligadas a cerrar por falta de mercado para su producción. La consecuencia era el desempleo y la miseria universal. Los medios ortodoxos para remediar esta situación eran necesariamente lentos y requerían esfuerzos muy grandes para poner el sistema económico en su situación normal. En estas condiciones el profesor Warren, catedrático de la universidad de Cornell, propuso al Presidente Roosevelt un mecanismo sumamente sencillo para hacer reaccionar en forma rápida los precios. Éste consistía en la devaluación del dólar en relación con el oro. El profesor Warren proponía que se redujera de 24 a 35 dólares la onza. Con tal remedio, sencillo y que no implicaba sacrificio para nadie, Warren logró que el Presidente se dejase impresionar. Al terminar la Conferencia de Londres el Presidente Roosevelt convocó a un grupo de banqueros y profesores universitarios de la más alta capacidad, para discutir con ellos el plan Warren. El señor Warburg, banquero neoyorquino, hijo de uno de los fundadores del Federal Reserve System, que había sido uno de los delegados americanos a la Conferencia de Londres, refiere en su obra *La consulta* que por varios días el Presidente Roosevelt escuchó pacientemente a los expertos reunidos en conferencia en Washington, todos ellos hostiles al plan Warren, pues afirmaban que de llevarse delante de ninguna manera provocaría lo que el Presidente buscaba, o sea una tonificación de los precios. Al terminar la conferencia, el Presidente les preguntó: "Ustedes están de

acuerdo en forma unánime en que el plan Warren no es técnico, ¿cuál es su plan para levantar el nivel de precios?" Con la misma unanimidad, los banqueros y profesores contestaron que no tenían nada que ofrecer en cambio, y el Presidente, entonces, manifestó: "Ante la actitud negativa de ustedes, que no tienen ninguna solución, y la del profesor Warren, que me ofrece una fórmula sencilla y práctica, no me queda otra alternativa que adoptar los consejos del profesor Warren." Efectivamente, el dólar fue devaluado para poner el oro a 35 dólares por onza, pero el efecto que buscaba el Presidente Roosevelt no se alcanzó, como lo habían previsto sus consejeros de la banca y de las universidades; fue necesaria una guerra, la Segunda Mundial, para que los gastos de ésta hicieran reaccionar a la economía americana.

1. *La renuncia del Presidente Ortiz Rubio*

A mi regreso de la Conferencia Económica de Londres, yo seguía como abogado consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y a disposición de la de Hacienda para intervenir como consultor en varios asuntos. En estas condiciones sobrevino la renuncia del señor don Pascual Ortiz Rubio como Presidente de la República. Según lo refiere el señor ingeniero Pani, el motivo de esta renuncia —o cuando menos el pretexto que normó la situación— fue que el señor Presidente daba traspies en cuanto problema importante se presentaba, y el señor General Calles estaba decidido a prescindir de su colaboración.

El señor ingeniero Pani refiere que el pretexto fue el siguiente: el Presidente visitó a los ministros de la Suprema Corte y les dijo que el edificio en que estaban alojados era verdaderamente indecoroso para la dignidad del Poder Judicial, pero que el gobierno carecía de recursos para erigir un

edificio apropiado porque el ministro de Hacienda, señor ingeniero Pani, había fallado. Esta conversación le fue transmitida al ingeniero Pani por uno de los ministros de la Corte, de veracidad absoluta, y el señor ingeniero Pani inmediatamente manifestó al General Calles que, en vista de esta manifestación del Presidente, no le quedaba otro remedio que el de presentar su renuncia.

El señor General Calles le dijo que no se precipitara y que solamente le pedía unos cuantos días pues él iba a poner remedio rápidamente a esta situación. En efecto, pocos días después el señor Ortiz Rubio presentaba su renuncia como Presidente de la República, y no porque no tuviese elementos bastantes para poder sostenerse en el poder, pues entre otros el señor General Amaro le manifestaba que, si se decidía a prescindir del maximato callista, y a pesar de la amistad que le ligaba al General Calles, él, por respeto a las instituciones, seguiría fiel al Presidente, y le garantizaba que el ejército, en su mayor parte, lo acompañaría. Pero don Pascual no quiso dar un paso de tamaña envergadura y prefirió renunciar a la presidencia.

El señor ingeniero Pani relata, en forma un tanto patética, la ceremonia en la que, estando él presente, el ingeniero Ortiz Rubio anunció su intención de renunciar a la Presidencia de la República.

Dice así el señor ingeniero Pani: "...el Presidente Ortiz Rubio nos convocó al Castillo de Chapultepec a los altos funcionarios de su gobierno. Difícilmente podré olvidar el dramatismo de aquella junta. El Presidente, en actitud y con frases patéticas, explicó el objeto: darnos a conocer el texto de su renuncia e inquirir nuestras opiniones. Sólo el Procurador General de la República, que le era muy adicto, le aconsejó que desistiera de su propósito de abandonar la Presidencia y le reiteró sus protestas de lealtad. Nadie más habló. En una

escena luctuosa como aquella el silencio es discretamente expresivo. En cuanto a mí, juro que olvidé todo motivo de resentimiento y que lamenté sinceramente que se hubieran cumplido mis sombríos vaticinios sobre su gobierno, que el pueblo lo hubiera cruelmente escarnecido y que el bien del país exigiera su cambio. Sentí piedad por el viejo amigo, que parecía no ver todo eso o que, a pesar de verlo, le sabía a gloria su situación.”

Presentada la renuncia, fue aceptada por la Cámara de Diputados. El señor General Calles, que ejercía su maximato, envió una terna al Congreso por conducto del partido oficial en la que proponía a tres personas para que el Congreso eligiera a una de ellas en sustitución del Presidente Ortiz Rubio. En primer lugar, figuraba en la terna el señor ingeniero Alberto J. Pani; lo seguían en el orden el señor General Joaquín Amaro y el General Abelardo Rodríguez. El señor ingeniero Pani, en sus *Apuntes autobiográficos*, refiere que en la tarde del día anterior al que se iba a designar al Presidente recibió la visita de varios de los más importantes políticos de aquella época, y que, al enterarse de que él figuraba en primer lugar en la terna, lo que indicaba la preferencia del Jefe Máximo, se apresuró a entrevistarle en su casa y rogarle que desistiera de su propósito de designarlo a él como Presidente; y a la pregunta del señor General Calles: ¿Entonces, quién?, le respondió que él creía que el indicado era el señor General Abelardo Rodríguez, quien, por otra parte, y según asegura el señor ingeniero Pani, estaba haciendo gestiones, apoyado por su colega el General Manuel Acosta, para ser designado.

En aquella época yo me encontraba muy cerca del señor ingeniero Alberto J. Pani, y mi impresión de lo que pasó es un tanto distinta de la que él mismo narra. La noche anterior a la que debía reunirse el Congreso, nos invitó a cenar el señor ingeniero Pani a los señores licenciados Gómez Morín, Pala-

cios Macedo y a mí, y a su secretario, el señor Ignacio de la Torre, en un privado que se encuentra en la parte alta del restaurante Prendes, de esta capital. Ahí nos relató la visita que le había hecho un grupo de prominentes callistas —encabezado por el señor coronel Carlos Riva Palacio— que venían a ponerse a sus órdenes, pues tenían la seguridad de que sería electo Presidente. Nos dijo el señor ingeniero Pani que los había tratado con absoluto desdén, haciéndoles comprender que si era electo por las Cámaras él no se sentiría obligado por el apoyo que se le hubiese prestado. En aquella cena el señor ingeniero Pani, según nos manifestó, creyó que al día siguiente sería electo, por las Cámaras, Presidente de la República. Yo calculo que el grupo importante de políticos callistas, decepcionado por su entrevista con el señor ingeniero Pani, salió de ahí a la casa del General Calles, en Cuernavaca, a darle cuenta de lo ocurrido y a hacerle ver que todavía Pani no era Presidente y ya trataba con menosprecio a los políticos más íntimos del señor General Calles, insinuándole a éste que, si fuese electo Presidente, la primera víctima de la arrogancia del ingeniero Pani sería el propio General Calles.

A la mañana siguiente salí, por ferrocarril, hacia Nueva York. Al llegar a la frontera me fue a saludar, al carro en que viajaba, mi viejo amigo, el director de la aduana, señor General Esteban Baca Calderón, quien me manifestó que no era el señor ingeniero Pani, sino el General Abelardo Rodríguez, quien había sido designado como Presidente sustituto por el Congreso de la Unión.